

Ordenaba asimismo la ley de Moisés rescatar los primogénitos de los hombres, ofreciendo en su lugar algunos animales; y esta ofrenda para los pobres era de dos tórtolas ó dos palominos. Y por semejante ofrenda, el Hijo de Dios, en calidad de pobre, quiso ser rescatado. ¡Qué humildad! ¿Podía llevarla á mayor extremo? Y si él permite su rescate, no es en verdad para sustraerse á la muerte, sino para reservarse á un sacrificio mas doloroso, mas humillante y mas estupendo.

¡Oh Salvador mio! ¡qué ejemplos de virtudes nos dais desde la mas tierna edad! En todas partes os veo empeñado en confundir mi orgullo; y este vicio, que tanto detestais, es el que mas me perdono y alimento en mí con mayor complacencia. Siempre hallo pretextos para contemporizarlo, y aún para justificarlo; y mientras que vos consentís en pasar en el concepto de los hombres por lo que no sois, yo me avergüenzo mil veces de ser conocido por lo que soy. Vos os complacéis en descender y yo no pienso sino en subir. Vos jamas os hallais tan pequeño como deseais, y yo nunca soy tan grande como desearia ser. Y sin embargo me llamo vuestro discípulo, al paso que huyo de vuestras lecciones y de vuestros ejemplos. ¿Qué debo pensar de mí cuando con vos me comparo? ¡Cuán asombrosa oposicion!

Si Jesucristo olvida su propia gloria para ocuparse exclusivamente en la de su Padre, el Padre, á su vez, procura hacer ostension de su Hijo cuanto mas este se afana en ocultarse. En Belen lo da á conocer por los ángeles y por una estrella prodigiosa. Cuando es presentado en el templo dispone su encuentro con el santo viejo Simeon, el cual impelido por su espíritu acude al templo en este momento, y á presencia de todo el pueblo le reconoce por el Mesías y por su Dios, le toma en sus brazos, junta las caricias á las adoraciones y contento con haber visto al Cristo del Señor no suspira ya sino para la muerte. A la misma hora concurre tambien Ana la Profetisa, la cual hasta la última vejez habia pasado su vida en el ayuno y en la ora-

cion, sin dejar jamas el templo, y que en vista del niño Jesus alababa á Dios en un santo trasporte de alegría, y hablaba de este Niño á todos cuantos esperaban la redencion de Israel. No faltaron, pues, á Jesus los testimonios mas brillantes, cuando mas parecia huir de ellos. ¿Hubiéralos encontrado si capaz hubiese sido de buscarlos?

¡No permita Dios, empero, que seamos humildes con la mira de que él nos glorifique! Mas no deja de ser una verdad que Dios se place en glorificar á los humildes, siempre sin perjuicio de su humildad. De ellos hace los instrumentos de su gloria. Despues que ellos se han abatido y que los ha abatido él mismo, los levanta otra vez á la vista de los hombres, para que sea en ellos glorificado. Todo el cuidado y estudio de los santos á imitacion del Salvador es huir la pompa y el brillo, amar la oscuridad, ser despreciados del mundo y tenidos en nada. Aun cuando la verdadera y sólida gloria pudiese venir del mundo, no la quisieran para sí, porque no pertenece sino á Dios, al cual debe retornar toda entera. El mismo Jesucristo, en cuanto hombre, no podia tener ninguna justa pretension á la gloria, y bajo este concepto nada jamas se ha atribuido; al contrario, su union personal con la divinidad fué para él un motivo de humillarse mas. Quanto mas el hombre conoce á Dios, mas se une á él, y mas es menester que se anonade en sí mismo; estas dos cosas se sostienen y corresponden: la humildad es á la vez el resultado y la prueba de la santidad.

---

## CAPITULO XII.

HUIDA Á EGIPTO.

**H**ERODES, burlado por los magos, persigue de muerte á Jesucristo en la cuna, y temiendo le escape, manda el degüello de todos los niños de dos años abajo, que habia en Belen y en El Interior.

sus cercanías. No ignorando Jesus los atroces designios de ese rey tan cruel como ambicioso, podía muy bien impedirlos, y proveer por sí mismo para su seguridad; pero no lo hizo y lo dejó á la solicitud de su Padre. Advertido José por un ángel, toma á la Madre y al Niño y huye á Egipto. ¿En qué se diferencia aquí Jesus de un infante cualquiera que débil, sin recurso, no conociendo ni áun el peligro que le rodea, debe su salud á las medrosas precauciones de sus padres? ¿Obraríamos así nosotros para salvar nuestros intereses temporales y nuestra vida, si instruidos por medio de un ángel de los peligros que nos amenazan,uviésemos á nuestra disposición los milagros y la omnipotencia de Dios? ¿Consentiríamos en no hacer de ella ningun uso, abandonándonos á la Providencia, y dejando que los medios comunes y ordinarios nos sacasen del peligro? No alcanzaria á tanto nuestra virtud; nos creeríamos con derecho de obrar por nosotros mismos y de valerlos del poder sobrenatural que Dios nos hubiera confiado.

Prescindamos, empero, de esta suposición irrealizable; los santos mismos que recibieron el don de milagros no lo recibieron sino para los demas y jamas intentaron emplearlo para sí mismos. Consideremos al Hijo de Dios huyendo de Heródes, el usurpador del trono de sus padres. ¿Por qué huye? ¿Teme tal vez? No; porque así lo quiere su Padre; porque librándose de este modo oculta mejor á los ojos de los hombres lo que es, dándonos al mismo tiempo un ejemplo asombroso de humildad. Y ¿á dónde huye? A una tierra extranjera, idólatra, enemiga de su nación, á la cual ha perseguido desde su origen. Tal es el asilo en que busca seguridad; allí permanecerá mientras sea el beneplácito de su Padre y de allí no saldrá sino por su orden. Sus padres, pobres ya en su país, sufrirán allí mayor estrechez y carestía de todo y Jesus partirá con ellos estas penas. El Egipto ignorará el bien que posee y no se le descubrirá este bien por señal alguna. Nada hablaré de lo que tuvo que sufrir en este viaje, ni cuánto debió sentir las inquietudes y sobresaltos que

por su causa debía sufrir su Madre, y que él podía ahorrarle si no hubiera sido para ella mas ventajoso el sufrir aquella humillacion.

Al leer este pasaje del Evangelio nos mueven tal vez á compasion tanto el Hijo como la Madre. ¡Compasion estéril! No es esto por cierto lo que Jesus espera de nosotros: no quiere ser compadecido sino imitado. Entremos en su corazon: ¿qué sentimientos en él hallamos? Una perfecta sumision á las voluntades de su Padre, una confianza sin límites en él, un abandono total á la Providencia, una paz profunda en medio de los mas justos motivos de alarma, una inexplicable alegría en verse ya juguete de las mas violentas persecuciones y víctima de las pasiones humanas.

¡Oh Salvador mio! ¿Cuándo aprenderemos á pensar como vos? ¿Cuántas rebeldías interiores, cuántas murmuraciones, cuántas desconfianzas y temores en los mas insignificantes contratiempos de la vida! ¿Cuántas quejas y resentimientos contra los que nos los ocasionan! ¿Dónde está entonces nuestra paz, nuestro recogimiento, nuestra oracion? Las desgracias temporales nos agitan, nos cercan, nos absorben; y si á ellas se juntan circunstancias que nos humillan, hínchase nuestro corazon y se subleva. ¿Es esto ser cristiano? ¿es querer serlo mirar semejantes males con tanto horror como la muerte misma, agotar nuestros esfuerzos para librarnos de ellos y no gustar reposo alguno hasta que han desaparecido? Hé aquí sin embargo lo que somos, sin reprochárnoslo á nosotros mismos y lo que hallaríamos contra razon y justicia que se nos echase en cara: y ¿creemos que tales sentimientos pueden hermanarse con una piedad sólida y verdadera? ¿Es así cómo pensaban los cristianos de los tres primeros siglos del cristianismo? Y si ellos caminaban por la senda de Jesucristo, ¿caminamos por ella nosotros? De devociones exteriores, de ayunos, de vigiliass, de austeridades, tantas como se quiera; todo lo abrazarán con gusto muchas personas piadosas; mas el probar contradicciones, persecuciones, derribos de for-

tuna, caer en un estado de humillacion y de indigencia y en él resignarse y vivir contento en vista de Jesucristo, por un deseo sincero de parecerse á él, es una disposicion rara entre los cristianos mas fervorosos, áun entre aquellos que profesan vida interior y el ejercicio de la oracion.

No intento decir con esto que la naturaleza sea muda é insensible á estos reveses; pero una cosa es sentir el dolor, otra abandonarse á él. No es lo mismo dejar escapar algun lamento, que aprobarlo. Seria un grande error el creer que para llevar cada uno su cruz de un modo digno de Dios fuese necesario no sentir género alguno de repugnancia natural. No confundamos la repugnancia natural con la repugnancia voluntaria. ¿No bebemos de buena gana una medicina amarga, sin amar su amargura? ¿No nos sometemos á una operacion dolorosa, aunque al sufrirla demos agudos gritos? Pues no exige Dios de nosotros otra disposicion en las pruebas á que nos pone: que el alma las mire en la voluntad de Dios, que las considere como una porcion que le ha tocado de la cruz de Jesucristo; como una prenda de su amor para con ella y un medio eficaz de manifestar el suyo, como la cosa mas ventajosa para su bien espiritual; que en esta persuasion las acepte cuando se le presenten, y que dejando gritar á la naturaleza sin escucharla, permanezca firme contra las revueltas de la imaginacion; que condene la involuntaria turbacion que la agita, que condene igualmente los esfuerzos indeliberados con que intenta sacudir las, Dios quedará satisfecho y á esto se llama sufrir como cristiano. No me quejaré de que en las primeras pruebas, á pesar de las mejores resoluciones, no sintiéndoos todavía aguerridos, os manifesteis demasiado blandos para con vosotros mismos y recorrais un poco á los consuelos humanos; que os tengais compasion y os plazca que los demas os compadezcan: basta con que os lo vitupereis como una debilidad, que os humilleis al considerarlo, sin empero desalentaros; esperando que con la gracia de Dios os portareis mejor en cualquiera otra ocasion que se os ofrezca. No deja de ser

muy provechoso que en nuestros sufrimientos, sean cuales fueren, no tengamos motivo de estar demasiado satisfechos de nosotros mismos; y por esto permite Dios que se mezcle siempre en ellos alguna imperfeccion, ó real, ó aparente, para que nos veamos pequeños á nuestros propios ojos, pues nada es mas capaz de inspirar orgullo que el poder gloriarse juntamente de la manera con que se lleva la cruz.

---

### CAPITULO XIII.

#### CONSUELO DE JESUS EN SU INFANCIA.

CASI no podemos dudar que Jesus recibiese en su infancia las mayores pruebas de ternura por parte de su Padre. Aunque nada hayan dicho sobre esto los evangelistas, podemos conjeturarlo por lo que pasa de ordinario en la vida espiritual. Los principios no están siempre libres de penas, como no lo estuvieron para Jesucristo; mas estas penas van siempre acompañadas de inexplicables dulzuras. Dios entonces las prodiga y si tan generoso se muestra para con los otros, lo fué sin contradiccion hasta una profusion extrema para con su Hijo muy amado, para con un Niño consagrado enteramente á su gloria. Jesucristo pasó ciertamente por todos los estados de la vida interior y de consiguiente por este que es la entrada á ella. Su alma fué, pues, saturada é inundada de celestes consolaciones, y gustó las delicias inefables, consecuencia necesaria de su union con la Divinidad y que no podian quedar suspendidas sino por un milagro. No es exageracion el decir que estas delicias sobrepujaban á todas cuantas gozan los espíritus bienaventurados; pues es cierto que el alma de Jesucristo disfrutó siempre y sin interrupcion de la vision beatífica de una manera sin comparacion mas excelente que los querubines y los serafines.

Mas ¿quién podrá decir cómo recibia ella estos favores del cielo? ¿Y cómo no se resentia de ello la humildad de Jesucristo, de aquel que se consideraba como cargado de todos los pecados del género humano, y que venia al mundo para expiarlos como si le hubiesen sido personales? ¿Cuál seria su desinterés y su desprendimiento en no desearlos, en no apropiárselos, dejándolos, por decirlo así, pasar por su corazón sin detenerlos, ni quedarse nada de ellos, no sirviendo menos por esto á su Padre gratuitamente, sin mira alguna de merecerlos ni de obtenerlos? ¿Con qué pureza los referiria á la gloria de su Padre, retornándoselos tales como los habia recibido, no atendiendo sino á su beneplácito, igualmente apacible y contento cuando no le daba muestra alguna de su amor? ¿Cuál seria su reconocimiento, cuando no solo se tenia por indigno de aquellos favores, sino que en aquel momento mismo se ofrecia como un criminal á todos los rigores de su justicia, no esperando de su parte sino los efectos de su indignacion y de sus venganzas?

Almas interiores, ved aquí el modelo que debeis proponeros en los favores de que Dios se place colmaros; cuanto mayores sean, tanto mas estais obligados de acercaros á vuestro modelo. De vosotros lo espera Dios, y si no correspondéis á su esperanza le pondreis en la precision de privaros de ellos, pues no contribuirán ni á su gloria ni á vuestro adelantamiento. No los deseais, pues, jamas, y creed áun menos haberlos merecido por vuestra fidelidad; antes al contrario, debeis persuadiros que vuestras faltas habituales, sin contar áun con vuestras pasadas culpas, os hacen indignos de ellos. Recibidlos como una pura gracia en el anonadamiento de vuestro corazón; nada os apropiéis de ellos, nada hagais para prolongar su duracion, no obreis como si esto dependiese de vosotros, y estuviese en vuestra mano el forzar al espíritu divino que *sopla en donde y cuando quiere*, ni los echeis menos con vuestros recuerdos cuando hayan pasado. Sed desinteresados sobre todo y jamas en vuestras prácticas de piedad y de mortificacion os propongais por objeto el

llamar consuelos sobre vosotros. ¡Ay de vosotros si estos consuelos os indujesen á sentir cierta complacencia en vosotros mismos, elevándoos á vuestros propios ojos y prefiriéndoos á los demas! ¡Ah! todo seria perdido y este don del cielo se os convertiria en veneno. Mas valiera que nunca una sola gota de rocío hubiese caido del cielo sobre vuestro corazón, si en él debiese hacer germinar el orgullo espiritual, el mas sutil y el mas peligroso de todos los vicios.

El niño Jesus no guardaba para sí solo las caricias que de su Padre recibia; de su plenitud las derramaba tambien en el alma de su Madre y se las comunicaba con toda la profusion de que era capaz un tal hijo. Este era un efecto y una consecuencia de su union. María asimismo hacia participar de ellas á san José, y Dios era elevadamente glorificado por la pureza y el desinterés de sus disposiciones. Los corazones de Jesus, de María y de José eran como los tres anillos de una cadena, en la cual todo partia de Dios y todo volvia á Dios. ¿Qué union la de José y de María! ¿Qué otra union mucho mas íntima la de María y de su Hijo! Mas ¿qué inefable union la de Jesus y del Padre celestial! Y ¿qué producía esta entre ellos? Una perfecta correspondencia de sentimientos, un trasporte y una comunicacion de sus gracias, y una santidad proporcionada al grado de su union.

Las almas interiores, entre las cuales forma Dios una union espiritual, no reciben para ellas solas las gracias que Dios les dispensa, sino que se las comunican, y su progreso depende de su mutua correspondencia. Tales uniones de gracia no son frecuentes; pero cuando llegan á verificarse, Dios las da á conocer por señales de que no es posible dudar. Las personas experimentadas en esta parte ya me comprenden; y como este es un secreto que Dios se reserva, el divulgarlo seria cuando menos una imprudencia. Lo que puedo decir tan solo es que estas uniones están sometidas á santas leyes, á las cuales es preciso ser en extremo fiel, así por una como por otra parte. Fórmense casi siempre entre un alma ya avanzada y otra que comienza. Siéntese

la primera impelida á rogar por la segunda y lo hace con tal ardor, perseverancia y hasta asiduidad, que no pueden venir sino del espíritu de Dios. Entre el temor de la ilusion, en vano se esfuerza á desviar su pensamiento, al cual se ve sin cesar conducida, hasta tanto que el alma para quien ruega se ha rendido por fin á los designios que tiene Dios sobre ella, la cual entonces, mediante un movimiento de la gracia, se pone bajo la direccion de la otra, sintiéndose impulsada á abrirle su corazon con una confianza sin reserva, sujetándose en todo á su juicio y decision, y obediéndola como lo hiciera á Dios mismo. Los gozos y las penas espirituales de estas dos almas se hacen comunes; Dios no las conduce separadas, sino que las hace, por decirlo así, marchar de frente y avanzar con igual paso. Si por alguna infidelidad notable y sostenida quedase atras una de las dos, no subsistiría ya la union; y el alma culpable de flojedad quedará abandonada á sí misma. Por ejemplo, si la que es dirigida fuese reservada para con la otra, si se limitase á su propio juicio, y si en determinadas coyunturas obrase de su capricho ó rehusase obedecer, bastaría esto para romper aquella union que Dios formó con el único objeto de tenerla en una entera dependencia. Lo mismo aconteciera si el alma que dirige faltase en el cuidado, en el celo, en la afeccion; si por culpa suya no recibiese las luces necesarias para conducir á la otra; si, en vez de consultar en todo á Dios, no escuchase mas que su propio espíritu. En una palabra si de una parte ó de otra, ó de entrambos lados entrase en la direccion la menor mira humana y natural, si no fuese perfecta la armonía por lo que toca á la sumision, á la gracia, y si la obra de Dios no adelantase conforme á sus designios soberanos, estas dos almas no tardarian en hallarse extrañas entre sí; ó si tal vez continuase la direccion seria estéril; ó, lo que es peor, se mezclaria en ella el demonio, remediando las operaciones de la gracia, y no sería mas que un funesto origen de tentaciones, de caídas y de ilusiones.

## CAPITULO XIV.

VIDA DE JESUS EN NAZARET.

EN lo exterior nada tenía Jesús que lo distinguiera de un niño ordinario. No se valió de un milagro para llegar á la edad en que los niños empiezan á caminar, á hablar, á dar señales de una razon que nace: todo esto pareció seguir en él el progreso de la edad. Era, pues, una verdad el decir que un Dios, siendo la omnipotencia misma, estaba reducido á la debilidad de los niños; que quien es la palabra eterna del Padre no podía expresar sus pensamientos; que quien es la razon suprema parecia tenerla envuelta en las tinieblas y en la ignorancia de la primera edad. María y José poseían solos el secreto de este incomprendible misterio, ignorado absolutamente de los demas. Nada hacia Jesús, nada hacían José y María que pudiese descubrirlo, ni aún dejarlo vislumbrar. Tal era la orden de Dios, que arreglaba por sí mismo todo lo concerniente á la manifestacion de su Hijo.

El evangelista se contenta con decir *que el niño crecía y se fortificaba; que estaba lleno de sabiduría y que la gracia de Dios moraba en él.* (Lúc., II, 40.) Y que *Jesús adelantaba en sabiduría, en edad y en gracia á los ojos de Dios y de los hombres.* (Lúcas, 52.) Por lo cual se significa con evidencia que si bien tuvo en sí la plenitud de la sabiduría y de la gracia, no producía la una ni la otra fuera de medida, proporcionando á su edad sus discursos y sus acciones, con el único objeto de edificar, pero sin intencion de que le admirasen.

¡Qué bella leccion para las almas que Dios eleva á estados extraordinarios! Necesario es ante todo que guarden silencio sobre lo que en ellas se pasa, no descubriéndolo, ni dejando que sospechen nada aquellos á quienes no incumbe el saberlo; silencio

que no debe ser menos una ley para sus directores que para ellos y al cual les expone á faltar con frecuencia una vanidad indiscreta. Falta es esta de la mayor consecuencia, de cualquier parte que procediere. Cuando Dios ha tomado un alma por su cuenta, á él solo toca publicar por su propia gloria lo que él quiere que sea público, cuándo y á quienes juzgue á propósito. Observad bien la conducta de Jesucristo, y vereis con admiracion que nada dijo y obró nunca por sí mismo con el fin de manifestarse al mundo, esperando únicamente los momentos designados por su Padre; que nadie estaba noticioso de lo que él era, sino las personas que debian estarlo, y esto aún por medios sobrenaturales, precisamente hasta el punto en que convenia lo estuviesen para la ejecucion de los designios de Dios: de manera que muchas cosas, aún las principales, como el cumplimiento de las profecías, de que él era el objeto, no fueron bien conocidas sino despues de su muerte. Y esto ¿por qué? Porque si todo se hubiese descubierto y manifestado durante su vida, los consejos de Dios hubieran sido estorbados, y la obra de la redencion del linaje humano no se hubiera cumplido del modo que debía cumplirse. Pues nunca los judíos, dice san Pablo, hubieran crucificado al Señor de la gloria, si lo hubiesen conocido por lo que era; ni nunca los demonios les hubieran impelido á dar la muerte á aquel que muriendo debía destruir su imperio.

Aunque los designios de Dios sobre ciertas almas escogidas disten infinitamente de poder compararse con el de la encarnacion, son sin embargo grandes en sí mismos é infinitamente respetables, pues son el resultado y la aplicacion de aquellos. Es menester, pues, que la misma inteligencia suprema que los ha concebido y ordenado los conduzca, que todo la secunde, que nada la estorbe, que no halle obstáculo alguno de la parte de aquellos á quienes se digne elegir por cooperadores suyos. Menester es que las cosas se preparen, avancen y caminen á su fin, del modo que Dios ha ordenado, y que conserva siempre oculto hasta el desenlace del suceso; lo cual exige en lo interior una

dependencia entera de la gracia, y en lo exterior un silencio profundo para que nada se desordene en el encadenamiento de las causas y de los efectos.

No se entienda por esto que no convenga edificar al prójimo; pero esta edificacion no ha de depender de nuestro arbitrio: la gracia es la que ha de arreglar nuestras palabras y nuestras obras, segun nuestros progresos y segun sus miras; de manera que sin salir del orden regular, sin ninguna afectacion, sin ostentar regularidad alguna, se procure guardar una irrepreensible conducta, esparciendo donde quiera el buen olor de Jesucristo, sin descubrir la fuente de que emana. Es necesario que el ojo del prójimo, por atento y reflexivo que se fije sobre nosotros, quede edificado de nuestro exterior, sin que pueda penetrar en nuestras interiores disposiciones. ¡Cuánta reserva esto exige, qué muerte á sí mismo, cuánta fidelidad al espíritu de Dios!

---

## CAPITULO XV.

### JESUS EN EL TEMPLO ENTRE LOS DOCTORES.

**A** la edad de doce años, habiendo Jesus ido á Jerusalem con sus padres para celebrar allí la fiesta de la Pascua, al estar estos de vuelta, y sin que lo advirtiesen, se quedó aquel en la ciudad y despues de haberlo buscado, le encontraron al cabo de tres dias en el templo, sentado entre los doctores, escuchándolos y haciéndoles varias preguntas. Cuantos le escuchaban quedaban asombrados de su prudencia y de sus respuestas. Y habiéndole María hecho presente la inquietud que á su padre José y á ella les habia causado, contestóles; ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en todos los negocios que respetan á mi Padre? Y ellos comprendieron el sentido de aquella palabra que acababa de decirles. (Lúc., II, 42, 50.)